

SENTENCIAS DE SAN BERNARDO.

1. Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Tres en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre (I Juan V, 7, 8). De manera similar en el infierno, como leemos en Isaías: "Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará" (Isa. LXVI, 24). Dos males hay, el gusano y el fuego; con uno se roe la conciencia, con el otro se queman los cuerpos. Se añade un tercero, la desesperación, que se entiende en lo que se dice, "no morirá" y "no se apagará". A los que están en el cielo se les da testimonio de bienaventuranza; a los que están en la tierra, de justificación; a los que están en el infierno, de condenación. El primer testimonio es de gloria, el segundo de gracia, el tercero de ira.

2. La Escritura testifica del Espíritu Santo que procede, inspira, habita, llena y glorifica. Se dice que procede de dos maneras: ¿de dónde? ¿y hacia dónde? ¿De dónde? Del Padre y del Hijo. ¿Hacia dónde? A la criatura. Procediendo predestina; inspirando llama a los que predestinó; habitando justifica a los que llamó; llenando acumula méritos a los que justificó; glorificando enriquece con premios a los que acumuló méritos.

3. El Espíritu Santo reprende al mundo por el pecado que disimula; por la justicia que no ordena, al dársela a sí mismo y no a Dios; por el juicio que usurpa, al juzgar temerariamente tanto de sí mismo como de los demás.

4. Hasta hoy en los ciudadanos de Babilonia la efusión de aguas, es decir, la confusión de pensamientos, hace la tierra vacía y desolada. Pues mientras el pensamiento fluctúa en torno a la carne, no se puede esperar de ella fruto de salvación. Divídanse, pues, las aguas de las aguas (Gén. I, 6), para que el alma también, como es digno, reclame para sí parte de la preocupación y la meditación. Ciertamente las inferiores sean contenidas por límites ciertos, sean contenidas en cauces ciertos, no excedan los límites de la necesidad; por lo tanto, las superiores se dilaten más copiosamente. De esto ciertamente el Señor da bendición, y nuestra tierra dará su fruto (Sal. LXXXIV, 13).

5. Cuando en el pueblo de Dios unos son carnales y otros espirituales, ni aquellos carecen de todo deseo de lo eterno, ni estos de todo deseo de lo temporal. En esto ciertamente difieren, que unos apetecen más unas cosas que otros, y según lo que prefieren, son juzgados espirituales o carnales. De ahí que en las bendiciones de Jacob y Esaú, se menciona para nosotros la abundancia del cielo y de la tierra, pero no en el mismo orden en ambos. "Dios te dé del rocío del cielo y de la abundancia de la tierra", dice Isaac a Jacob. A Esaú, en cambio: "En la abundancia de la tierra y en el rocío del cielo será tu bendición" (Gén. XXVII, 28, 39, 40). Pero lo que cada uno prefiere, se conoce por sus estudios y preocupaciones.

6. "La muerte de los pecadores es pésima" (Sal. XXIII, 22). Mala en la pérdida del mundo, porque no pueden separarse sin dolor de aquel a quien aman. Peor en la disolución de la carne, de la cual sus almas son arrancadas por los espíritus malignos. Pésima en los tormentos del infierno, cuando el cuerpo y el alma son entregados juntos a los fuegos perpetuos. Por el contrario, la muerte de los buenos es óptima, porque allí hay descanso del trabajo, hay alegría por la novedad, hay seguridad por la eternidad.

7. "El perezoso es lapidado con estiércol de bueyes" (Ecli. XXII, 2). Los bueyes son los que se ejercitan diligentemente en la obra de Dios; los que siembran con lágrimas, pero cosecharán con gozo. Estos ciertamente consideran todas las cosas de este mundo como estiércol. El perezoso, sin embargo, cuyos sábados los enemigos ven y se burlan, es deshonorado por los enemigos en su aceite, así como los bueyes diligentes son honrados por

Dios en sus trabajos. Pues a quien los espíritus malignos ven perezoso para los ejercicios espirituales, le imponen importunamente pensamientos terrenales: como si coagularan masas de estiércol de bueyes, y al perezoso, como es digno, lo lapidan.

8. "Bésememe con el beso de su boca" (Cant. I, 1). Hay tres besos: el de reconciliación, el de donación, el de contemplación. El primero se toma en los pies, el segundo en la mano, el tercero en la boca. En el primero se recibe el perdón de los pecados; en el segundo, el don de las virtudes; en el tercero, el conocimiento de los secretos. O así, el beso de la doctrina, de la naturaleza, de la gracia.

9. La esposa tiene dos pechos: la congratulación y la compasión. Doble es la especie de la leche, exhortación y consolación. Tres ungüentos, compunción, devoción, piedad. Compunción por la recordación de los pecados, devoción por la recordación de los beneficios, piedad por la consideración de los miserables.

10. "Vuelve, vuelve, Sunamita; vuelve, vuelve, para que te contemplemos" (Cant. VI, 12). Vuelve primero de la alegría insensata, vuelve segundo de la tristeza inútil, vuelve tercero de la gloria vana, cuarto vuelve del orgullo latente. La gloria vana es la que viene de la boca de los hombres desde fuera. El orgullo latente surge desde dentro. Cuando el alma ha dejado todos estos vicios, su esposo la contemplará. Por esto debe abstenerse de los demás, para hacerse digna de sus abrazos. Por eso se le dice: "Vuelve, vuelve, para que te contemplemos".

11. Es deber de los pastores velar sobre el rebaño por tres necesidades: a saber, para la disciplina, para la custodia, para las oraciones. Para la disciplina, por la corrección de las costumbres, para que el rebaño encomendado no desfallezca por su propia molestia. Para la custodia, por la sugestión diabólica, para que no sea seducido por la astucia enemiga. Para las oraciones, por la insistencia de las tentaciones, para que no sea vencido por la pusilanimidad. En la disciplina el rigor de la justicia, en la custodia el espíritu de consejo, en la oración el afecto de compasión.

12. El autor del universo creó dos criaturas para entenderse a sí mismo, el hombre y el ángel. Al hombre lo justifican la fe y la memoria: al ángel lo beatifican el intelecto y la presencia. Y porque los hombres han de ser llevados alguna vez a la igualdad con los ángeles, es necesario que mientras tanto sean justificados por la fe, y progresen hacia el intelecto. Pues está escrito: "Si no creéis, no entenderéis" (Isa. VII, 9, según los LXX). Así que la fe es el camino para entender: pues el corazón se purifica por la fe, para que el intelecto vea a Dios. De manera similar, la memoria de Dios es el camino hacia la presencia de Dios. Pues quien aquí tiene memoria de sus mandamientos para cumplirlos, merecerá alguna vez ver también su presencia. Tengan, pues, los ángeles de Dios en el cielo el intelecto y la presencia: tengamos nosotros su fe y memoria en el mundo.

13. Somos tu parte, Señor, que tomaste de la mano del amorreo con tu espada y tu arco (Gén. XLVIII, 22). Tu espada es la palabra viva y eficaz (Hebr. IV, 12); tu arco es tu encarnación. Pues allí, como un madero de sabiduría curvado, y de un modo piadoso la divinidad inclinada, el nervio de la carne se extiende poderosamente, y la humanidad se acrecienta inefablemente. Somos, pues, tu parte y el pueblo de tu adquisición (I Pedro II, 9), que adquiriste con la palabra de la predicación y el misterio de la encarnación.

14. En la circuncisión del Señor ni se rompe el nervio, ni se quiebra el hueso, para que las cosas más robustas y firmes se conserven intactas. Sin embargo, se abre la piel, se amputa la carne, se derrama la sangre, para que se castigue la blandura seductora. En la carne,

ciertamente, entiende el pecado que permanece en ella: en la piel, su cobertura; en la sangre, su incentivo. Esta es, pues, la verdadera circuncisión en espíritu, no en letra, si quitas el velo de la excusa y la disimulación por la compunción del corazón y la confesión de la boca; si cortas la costumbre del pecado con la corrección de la conversión; si finalmente, como es necesario, huyes también de las ocasiones del pecado y del fomento de las concupiscencias.

15. Los magos ofrecieron al Señor oro, incienso y mirra (Mat. II, 11). Estas cosas tal vez parecían necesarias por el lugar y el tiempo. El precio del oro por la pobreza; el ungüento de la mirra por la ternura del cuerpo infantil, como suele ser; el aroma del incienso por la sucia estancia del establo. Pero nosotros, ya que todas esas cosas han pasado, ofrezcámosle dones más aceptables: la unción de la mirra en la comunión de la vida social, la especie del incienso en la suavidad de la buena fama, el esplendor del oro en la pureza de la conciencia: para que, a saber, no busquemos la gracia familiar de la conversación servicial, ni la gloria vana de la opinión laudable, sino el honor de Dios y la utilidad de los hermanos.

16. Ante todo, que los hermanos estén sin murmuración. Tal vez algunos consideran un pecado leve murmurar: pero no aquí, donde se advierte que debe evitarse ante todo (San Benito en Reg. cap. 34). Creo, sin embargo, que tampoco lo consideró leve aquel que decía a los murmuradores: "No es contra nosotros vuestro murmullo, sino contra el Señor. Pues ¿qué somos nosotros?" (Éxodo XVI, 8). Pero tampoco lo consideró leve aquel que dijo: "No murmuréis, como algunos murmuraron, y perecieron por el exterminador" (I Cor. X, 10). Aquel exterminador, sin duda, que fue puesto para esto mismo, para que aleje de los límites de aquella ciudad bienaventurada a los murmuradores, y los aleje de sus confines, a quien se dice: "Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion: que puso tus límites en paz" (Sal. CXLVII, 12, 14). Pues nada tienen en común el murmullo y la paz, la acción de gracias y la detracción, el celo de amargura y la voz de alabanza. Así que en la boca de tres y tales testigos esté esta palabra, para que sepamos que debemos evitar con sumo cuidado esta peste de la murmuración.

17. Tres son a quienes debemos reconciliarnos; a los hombres, a los ángeles, a Dios. A los hombres, por obras manifiestas; a los ángeles, por signos ocultos; a Dios por la pureza del corazón. Pues de las obras que deben hacerse ante los hombres, está escrito: "Brille vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 16). De los ángeles dice David: "En presencia de los ángeles cantaré allí" (Sal. CXXXVII, 1). Los signos ocultos son gemidos, suspiros, uso de cilicio, y otros signos de penitencia, que agradan a los ángeles. De ahí aquello: "Hay gozo en los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia" (Luc. XV, 10). Pero para que nos reconciliemos con Dios, no necesitamos ni obras ni signos, sino pureza y simplicidad de corazón. Pues está escrito: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. V, 8): Y aquello: "Si tu ojo es sencillo" (Mat. VI, 22), etc.

OTRAS SENTENCIAS DE SAN BERNARDO.

18. "El templo de Dios es santo, que sois vosotros" (I Cor. III, 17). El templo de Dios es el claustro de los religiosos. Dos paredes del claustro son, la activa y la contemplativa, María y Marta, interior y exterior. A la interior le son necesarios dos órdenes de piedras, a saber, evitar el vicio de la voluptuosidad y de la curiosidad. A la exterior, de manera similar, dos, para que no sean fraudulentos ni turbulentos. De ahí el Señor: "Siervo fiel y prudente" (Mat. XXIV, 45). Fiel, para que no sea fraudulento; prudente, para que no sea turbulento. La pared opuesta que une a ambos es, los prelados, y aquellos que entran y salen fielmente, como se

dice del Señor: "Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta su extremo; y no hay quien se esconda de su calor" (Sal. XVIII, 7).

19. Por cinco causas aprende el hombre: para saber, para que se sepa que sabe, para vender, para edificar, para ser edificado. Para saber, es curiosidad; para que se sepa que sabe, vanidad; para vender, simonía; para edificar, caridad; para ser edificado, humildad. "Los que se nutrían en púrpura, abrazaron estiércol" (Lam. IV, 5), es decir, el cuidado del vientre.

20. "El principio de la sabiduría es el temor del Señor" (Sal. CX, 10). El primer temor llama a los que van a la muerte, al que sucede la tristeza secular: esta es excluida por la esperanza de la eternidad.

21. Se suele dudar si el amor de Dios precede en el tiempo al amor del prójimo. Lo cual parece por esto, que no podemos amar al prójimo por Dios, si no amamos primero a Dios: y por otro lado, el amor del prójimo parece preceder al amor de Dios, porque está escrito: "El que no ama a su hermano a quien ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?" (I Juan IV, 20). Pero debe saberse que el amor de Dios se considera de dos maneras, comenzando y nutrido. Pues el hombre comienza a amar a Dios antes que al prójimo; pero porque ese amor no puede perfeccionarse, si no se nutre y crece por el amor del prójimo, es necesario que se ame al prójimo. Así, pues, el amor de Dios precede como comenzando, y es precedido por el amor del prójimo, como aquel que debe ser nutrido. Si algunos pertenecen a tu gobierno, castiga, corrige con amor, con caridad, atendiendo a la salvación eterna; no sea que, al perdonar a la carne, el alma perezca. Haz esto, y sufrirás a muchos, en quienes no podrás ejercer disciplina. Soporta amenazas, ten seguridad: pues el Señor hará misericordia y juicio a todos los que sufren injuria.

22. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. XIX, 19). Cada uno debe amar a su prójimo como a sí mismo, para que a quien pueda, lo lleve al culto de Dios, ya sea por el consuelo de la beneficencia, ya sea por la información de la doctrina, ya sea por la corrección de la disciplina. Quien elige esto con sola discreción, es prudente: quien no se aparta de esto por ninguna aflicción, es fuerte; quien no se deleita con otra cosa, es templado; quien no se eleva por ninguna cosa, es justo.

23. "No es hermosa la alabanza en la boca del pecador" (Ecli. XV, 9), en el pecador penitente es fructuosa, en el justificado es hermosa. Así como cuando se abonan los campos, no es hermoso, sino fructuoso; pero después en la recolección de frutos se hace hermoso.

24. Cuatro cosas impiden la confesión: el temor, de perder; la vergüenza, de volverse vil; la esperanza de honor o de algún bien terreno, si se le considera inocente; la desesperación de las mismas cosas, si no se le considera inocente.

25. Hay ocho trinidades, de las cuales la primera es aquella suma e indivisa Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La segunda es la que cayó. La tercera por la que cayó. La cuarta en la que cayó. La quinta por la que resurge, que se divide en tres trinidades. La trinidad que cayó es memoria, razón y voluntad. La memoria se debilitó de tres maneras, a saber, por pensamientos afectuosos, onerosos y ociosos. La razón se cegó de tres maneras, porque a menudo recibe lo verdadero por falso, y viceversa; lo lícito por ilícito, y viceversa. La voluntad se ensució de tres maneras, por la concupiscencia de la carne, por el deseo de los ojos y la ambición del mundo. La trinidad por la que cayó, es sugestión, deleite, consentimiento. La trinidad en la que cayó, es debilidad, suciedad, ceguera. La trinidad por la que resurge, es fe, esperanza, caridad. La fe es triple, de los preceptos, de los signos, de las

promesas. La esperanza también es triple: esperanza de perdón, esperanza de gracia y esperanza de gloria. La caridad también es triple, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la fuerza.

26. Deben haber dos paredes en la congregación: una interior, otra exterior. Interior, los claustrales; exterior, los obedienciaros. Aquellos no deben ser curiosos ni voluptuosos; estos no deben ser turbulentos ni fraudulentos. Y porque rara vez hay paz entre estos, por eso hay una tercera pared, que viene de enfrente, que une las paredes divididas; a saber, el abad y el prior, y otros hermanos espirituales: el fundamento es el santo propósito.

27. Adaptación de los siete dones del Espíritu Santo a las apariciones del Señor resucitado. Primero apareció a las mujeres, a quienes el ángel dijo: "No temáis" (Mat. XXVIII, 9, 5): he aquí el espíritu de temor. Apareció a Pedro, que había negado (Luc. XXIV, 34): he aquí el espíritu de piedad. Apareció a la mujer, a quien se le dijo: "No me toques; porque aún no he subido a mi Padre" (Juan XX, 17): he aquí el espíritu de ciencia. Apareció a los once en el monte, donde había ordenado, cuando dijo: "Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra" (Mat. XXVIII, 18): he aquí el espíritu de fortaleza. Apareció a dos que iban a Emaús, de quienes está escrito: "Y les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras": he aquí el espíritu de entendimiento. Finalmente apareció a ellos recostados, cuando ascendió al cielo (Luc. XXIV, 27, 45, 51), porque de él se dijo: "Yo, la sabiduría, habito en lo más alto" (Ecli. XXIV, 7): he aquí el espíritu de sabiduría.

28. La gracia es cuádruple: gracia creadora, gracia redentora o misericordiosa, gracia donante, gracia remuneradora. Primera: "Todas las cosas por él fueron hechas". Segunda: "El Verbo se hizo carne". Tercera: "Lleno de gracia". Cuarta: "Y de verdad" (Juan I, 14).

29. La paz es cuádruple: con Dios, con el prójimo, en la carne, en el espíritu. Para que sea firme, debe ponerse un fundamento a cada una: a la paz de la carne, la templanza; a la paz del espíritu, la fortaleza; a la paz con el prójimo, la prudencia; a la paz con Dios, la justicia. "Gloria en las alturas", he aquí la paz con Dios; "y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Luc. II, 14), paz con el prójimo; "paz a vosotros, mirad mis manos y mis pies" (Luc. XXIV, 36, 39), paz de la carne; "recibid el Espíritu Santo" (Juan XX, 22), paz del espíritu.

30. "Las moscas muertas corrompen la suavidad del ungüento" (Ecle. X, 1), es decir, la vanidad, la curiosidad y la voluptuosidad: que porque abundan en Egipto y en torno a los sacrificios de los egipcios, no podemos en Egipto sacrificar al Señor nuestro Dios sacrificio de justicia y caridad. Por eso partimos hacia el desierto, es decir, a la soledad del corazón, camino de tres días (Éxodo VIII, 26, 27). De la primera día dice el esposo a la esposa: "He venido a mi jardín, hermana mía, esposa mía" (Cant. V, 1); esto es, a la plantación de buenas virtudes. De la segunda se alegra la esposa, y dice: "El rey me ha llevado a la bodega" (Cant. I, 3), es decir, entre las delicias de las Escrituras. El tercer día es el tálamo, la plenitud del amor, en el cual se disfrutaban mutuamente el esposo y la esposa. Y nota contra la vanidad, la solidez de las virtudes; contra la curiosidad, la variada delectación de las Escrituras; contra la voluptuosidad, el tálamo de aquel amor supremo.

31. Hay dos pechos de la caridad, la compasión y la congratulación. De la compasión se extrae la leche de la consolación: de la congratulación se extrae la leche de la exhortación.

32. Tres son los elementos que preservan la unidad: paciencia, humildad y caridad. Con estos debe armarse el soldado de Cristo, teniendo la paciencia como escudo, que lleva y sostiene contra todas las adversidades; la humildad como coraza, que protege las entrañas del corazón; la caridad como lanza, con la cual, como dice el Apóstol, acometiendo a todos en la provocación de la caridad (Hebr. X, 24), y haciéndose todo para todos, lucha la batalla del Señor. También debe tener el yelmo de la salvación, que es la esperanza, protegiendo y conservando la cabeza, es decir, la parte principal de la mente. Debe tener también la espada de la palabra de Dios y el caballo del buen deseo. Goliath debe ser muerto con su propia espada; la vana gloria, con la consideración de la misma vana gloria.

33. Hay dos cosas últimas, la muerte y la vida. A ellas volamos con dos alas, el temor y la esperanza. Con dos cubrimos los pies, la penitencia del corazón y la confesión de la boca, según aquello: Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). Con dos cubrimos la cabeza, el amor de Dios y del prójimo. De donde el Apóstol: Ya sea que estemos fuera de nosotros, es para Dios; ya sea que estemos cuerdos, es para vosotros (II Cor. V, 13).

34. Nota que del temor surge la compunción, de la compunción la renuncia a todas las cosas, de la cual surge la verdadera humildad, de la cual surge la verdadera confesión, en la cual se purgan todos los vicios. De la confesión, la proliferación de virtudes: las virtudes concretas hacen la pureza del corazón, en la cual hay verdadera sabiduría y perfecta caridad. Para esto se debe saber que el espíritu de temor da temor; el espíritu de piedad, compunción; el espíritu de ciencia, renuncia a lo presente; el espíritu de fortaleza, verdadera humildad (pues la humildad vence todo); el espíritu de consejo, confesión; el espíritu de inteligencia, adquisición de virtudes; el espíritu de sabiduría, perfecta pureza del corazón y amor.

35. Hay cuatro órdenes en la casa del Señor. Algunos se postran a los pies de Jesús, como los etíopes, como María penitente y confesante; algunos se sientan a sus pies, como la misma María escuchando su palabra; algunos yacen en su seno; algunos se sientan a su lado. Los dos primeros órdenes viven para sí mismos, el tercero para sí y para el prójimo, como Juan el evangelista, recibiendo y absorbiendo la paz del seno del Señor, y anunciándola al pueblo. El cuarto para el prójimo, como el Apóstol, que dice: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo cual añade con seguridad: Me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 7, 8). Y por eso deseo partir y estar con Cristo; pero permanecer en la carne es necesario por vosotros (Philipp. I, 23, 24). Estos ni temen morir, ni rehúsan vivir.

36. La soberbia es a veces ciega, a veces vana, a veces ciega y vana a la vez. Ciega, cuando el hombre cree tener en sí lo que no tiene. Vana, cuando se gloria en lo que los hombres creen que tiene y no tiene. Ciega y vana a la vez, cuando se gloria de un bien que no tiene, y busca la gloria de los demás.

37. La humildad es a veces suficiente, a veces abundante, a veces sobreabundante. Suficiente, someterse al mayor, sin preferirse al igual. Abundante, someterse al igual, sin preferirse al menor. Sobreabundante, someterse al menor. De ahí el Señor a Juan: Permite ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia (Matth. III, 15).

38. Quienes desean agradar perfectamente a Dios, deben resplandecer tanto en castidad como en caridad. La castidad es de cinco partes; a saber, en los oídos, en los ojos, en el olfato, en el gusto y en el tacto. La caridad es de cuatro formas, que, según el Apóstol, todo lo cree, es decir, no es suspicaz; todo lo espera, no es perezosa; todo lo soporta, no murmura; todo lo aguanta (I Cor. XIII, 7), no es impaciente. He aquí nueve, que quien los posee perfectamente,

es perfecto, y vive en la tierra según los nueve órdenes de ángeles. De donde el Apóstol: Nuestra conversación está en los cielos (Philipp. III, 20). Y por así decirlo, el mérito de vivir de tal manera es mayor en el hombre que en el ángel. Para el hombre es virtud, para el ángel dignidad.

39. El alma santa mortifica su carne de la podredumbre de los vicios, mientras reniega de todos los placeres del mundo por la continencia: y entonces aplica como mirra al cuerpo que va a morir, para que después del juicio permanezca sano de la corrupción eterna. Cuando se enciende con mayor deseo hacia las cosas celestiales, y expulsa fervientemente de la cámara del corazón todos los pensamientos superfluos; hace de su corazón un incensario ante Dios, en el cual, mientras congrega virtudes por amor, acomoda como carbones en el incensario, en el cual la mente se incendia ante Dios con el fuego de la caridad. Y mientras emite oraciones fervientes y puras a Dios, saca como humo de aromas del incensario, para que huela suavemente ante el amado, y no deje de incitar a todos los prójimos a su amor por medio de buenas obras.

40. No cocerás el cabrito en la leche de su madre (Exod. XXXIV, 26). El cabrito, el pecador; la madre, los primeros padres, de quienes todos hemos sido procreados; la leche, los vicios que vinieron del pecado original. No cocerás el cabrito en la leche de su madre: es decir, no se debe permitir que el pecador permanezca en sus pecados hasta el día de su muerte, sino que antes de la muerte se le debe llamar a las buenas obras, para que no perezca.

41. Tres son los que dan testimonio en la tierra, el espíritu, el agua y la sangre (I Juan V, 8). El Señor, al venir, hizo cesar la circuncisión y otros bautismos: instituyó el bautismo, en el cual quiso que los tres mencionados, como testimonio de la cristiandad en la tierra, operaran. Escucha cómo lo hace la sangre de Cristo, y es signo de que morimos al pecado, según el Apóstol: ¿O ignoráis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? El agua, que como una tumba encierra el cuerpo, es signo de que ya no servimos al pecado: Porque hemos sido sepultados con él por el bautismo en la muerte. El Espíritu vivifica y hace que, sepultados en ese elemento de agua, resucitemos renovados por el mismo Espíritu, para que, así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom. VI, 3, 4). Y estos tres, porque operan uno, son uno, como dice Juan. Uno en misterio, no en naturaleza. La sangre, por tanto, es testigo de la muerte, el agua de la sepultura, el Espíritu de la vida. La sangre se refiere al precio, el agua al lavado, el Espíritu renueva la mente. La sangre del Señor nos redimió, el agua del sagrado manantial nos lava, el Espíritu por adopción nos hace hijos de Dios.

42. En la cuarta vigilia vino a ellos (los apóstoles) caminando sobre el mar (Matth. XIV, 25). El primer sueño es el temor nocturno, es decir, de las adversidades; la vigilia subsiguiente, por la prudencia. El segundo sueño, la flecha que vuela de día, es decir, la tentación por las cosas prósperas; la vigilia, por la fortaleza. El tercer sueño, el negocio que anda en las tinieblas, es decir, la vana gloria; la vigilia, la justicia. El cuarto sueño, el ataque y el demonio del mediodía, es decir, la intemperancia. Entonces el Señor vino a ellos, caminando sobre el mar. El Señor está arriba, pero Pedro se hunde. Primero se cree que es un fantasma, pero después se reconoce. Otros más tibios, pero aún fieles, magnifican al Señor en tales cosas.

43. Siete deben ser en la oración. La oración debe ser fiel, según aquello: Todo lo que pidáis en oración, creed que lo recibiréis, y os vendrá (Marc. XI, 24). Luego pura, según el ejemplo de Abraham, que ahuyentaba las aves del sacrificio. Tercero justa, cuarto asidua, quinto humilde, sexto ferviente, teniendo estas dos en el grano de mostaza; séptimo devota.